

***“Y aquel Verbo fue hecho carne”****(Jn. 1:14)*

Sal. 2; Éx. 40:17-21, 34-38; Tit. 3:4-7; Jn. 1:1-14

C. Miranda,  
Hohenau.

Supongan ustedes que tengo en mi mano un hermoso collar, uno de esos que son muy costosos, con un diseño especial. Tal vez les gustaría haber regalado algo como esto a sus esposas, o madres, en Navidad. Este collar viene también en una hermosa caja. Pero si ese collar costoso, de repente viene en una caja menos atractiva, que no llama la atención, es más, una caja barata y ordinaria, ¿acaso por eso perdería su valor el collar? ¿Será que ese collar tendría menos valor por venir en una caja sencilla? De ninguna manera.

Así también, el evangelio del día de Navidad nos cuenta algo parecido, precioso e importante sobre Jesucristo. Dice: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:1, 3, 14). En nuestra lectura del evangelio, Jesucristo es llamado el “Verbo”, es decir, la Palabra, la Palabra eterna, increada. Y por medio de esta Palabra, Dios el Padre creó todas las cosas, de las que hay en los cielos como de las que hay en la tierra. Y esta Palabra creadora, este “Verbo fue hecho carne” (v. 14). Esto significa que Dios el Hijo vino a este mundo, y por el milagro de su encarnación en el vientre de María, incorporó en su ser la naturaleza humana, sin por eso dejar de ser el “Verbo eterno”. Solo que ahora este Verbo eterno vino a ser también el Verbo encarnado. Así como el collar es lo valioso, sin importar en qué clase de caja es colocado, de la misma manera el Verbo de Dios: Permaneció siendo el Dios eterno, solo que ahora se manifestó en carne humana. Y ahora, resucitado de entre los muertos, Jesucristo sigue siendo verdadero Dios y verdadero hombre; no abandona nunca más la naturaleza humana incorporada a su ser divino.

“Y aquel Verbo fue hecho carne” (Jn. 1:14). La Palabra eterna asumió la naturaleza humana. Llega a ser un verdadero hombre sin perder su identidad divina. El Hijo único de Dios “se humilló a sí mismo” (Flp. 2:8), asumió nuestra frágil condición, nuestra humanidad, nuestra condición de seres mortales. Él llegó a estar expuesto al frío, al calor, al hambre, la sed, la soledad, expuesto a peligros en el camino, a traiciones, a ser tentado por diablo, e incluso fue expuesto a “la muerte, y muerte de cruz” (Flp. 2:8).

¡Qué contraste tan grande si se lo compara con las religiones paganas! En todas ellas es el hombre quien, por su propio esfuerzo, tiene que convertirse en un dios para poder salvarse, para poder salir de este mundo frágil e imperfecto. En el paganismo, es el hombre quien, por su propia decisión o albedrío (o sea, por su voluntad), tiene que buscar la manera de salir de la cruel realidad de la vida, a través de diferentes técnicas y métodos. Sin embargo, en la religión cristiana es muy distinto: Es Dios mismo quien asume nuestra carne y sangre humanas, para salvarnos de la opresión del pecado y vencer por nosotros a la misma muerte.

“Y aquel Verbo fue hecho carne” (Jn. 1:14). Por eso, el mayor peligro, el mayor riesgo que podemos correr nosotros los cristianos, es llegar a creer, y negar finalmente, que nuestro Señor Jesucristo, es Dios y hombre: verdadero Dios, por ser la segunda persona de la Santísima Trinidad, y verdadero hombre, por la encarnación en el vientre de su madre, la virgen María. Negar esta doble naturaleza de Cristo, es el mayor riesgo para tu fe.

Por el otro lado, también es peligroso si negamos nuestra triste condición humana, negar que somos carne, negar nuestra corrupción original, el pecado, heredada de nuestros primeros padres Adán y Eva. Es decir, está el peligro siempre latente para el cristiano, de llegar a pensar que podemos convertirnos a nosotros mismos en dioses. Es el peligro de creernos autosuficientes, en lugar de confiar en la providencia de Dios, de que Él provee lo que necesitamos para vivir. Así como da de comer a los pajaritos del jardín, aún mucho más es capaz de proveernos lo que necesitamos, ya que somos sus hijos en Cristo Jesús. Por eso, en lugar de creernos

autosuficientes, depositemos la fe en su gracia. Hermanos míos: “El Verbo fue hecho carne” (Jn. 1:14). ¡Dios tiene carne y sangre humana! Así pues, confíen entonces en su amor por nosotros, que Él proveerá lo que necesitamos, pues asumió nuestra condición humana, y ciertamente siente y sabe que necesitamos de comida y bebida, casa y hogar, esposa e hijos, hacienda y ganado, y todos los bienes (Catecismo Menor: El Credo, 1º Artículo).

Existe otro peligro también para el cristiano, del cual nos previene nuestro texto: “Y aquel Verbo fue hecho carne” (Jn. 1:14). Se trata del peligro de espiritualizar la fe. Es decir, de separar la fe de lo que vivimos en el día a día; como si la fe cristiana no tuviera influencia, como si no tuviera nada que ver, por ejemplo, con lavar y planchar, con cocinar y cambiar pañales, con trabajar en el campo o conducir una moto o un auto. Nuestro pasaje del evangelio nos llama a estar conscientes de este peligro de separar la doctrina de la vida, o la fe del amor. En verdad, queridos hermanos, ¡la doctrina es vida, de la misma manera que el Verbo, la Palabra, fue hecho carne! Porque no hay diferencia: de la doctrina sana, se desprende una vida sana. Y a la inversa igualmente: de la doctrina falsa, viene como consecuencia una vida cristiana engañosa. Así que el que no ama a su hermano, a quien ve, ¿cómo puede decir “amo a Dios”, a quien no ve? (1 Jn. 4:20).

Por ejemplo: Cuando se piensa como el fariseo, que no quiso ayudar al prójimo que estaba medio muerto en el camino, y en vez de ayudarlo, siguió de largo (la parábola del buen samaritano). O por ejemplo, decir: “La fe no tiene nada que ver con sembrar en el campo, con pagar un salario justo al personal, con cocinar y lavar, etc. ¡Al contrario! En verdad, la fe hace que estas cosas, consideras simples y ordinarias delante de los hombres, como la caja sencilla del collar, tenga un extraordinario valor para Dios. Porque la fe es como aquel collar valioso, que hace noble y valiosa a su vez a la caja, es decir, a estas obras. Y por dicha fe, santa valiosa, que Dios nos da en su Palabra y Sacramentos, estas obras a su vez son consideradas como buenas y santas para Dios, aunque por fuera tengan una apariencia sencilla o humilde.

Otro ejemplo del peligro de espiritualizar la fe, es cuando se dice o se piensa: “Yo tengo la fe, pero no necesito ir a la iglesia”. ¡Hipócrita! ¿Cómo dices tener la fe, si no quieres participar de los dolores y sufrimientos del cuerpo de Cristo, que es la iglesia? ¿Cómo puedes decir “yo creo en Dios”, y no andas con el pueblo de Dios, ni amas a su pueblo cristiano? ¿Cómo puedes decir “yo creo”, y no comprometerte? No seas un cristiano apenas por lo que compartes por “WhatsApp” o por “Facebook”. Eso lo hace cualquiera. Sé un cristiano “de hecho y en verdad” (1 Jn. 3:18). Y no seas un cristiano criticón; sino al contrario: piensa cómo tú mismo puedes servir de ayuda para mejorar la situación. No mires solamente el problema; también sé parte de la solución. Es muy fácil mirar por la ventana; lo difícil es “hacerse carne”, servir, ayudar. Sé un cristiano comprometido con la causa del evangelio de Jesucristo, unido a los demás miembros de su cuerpo, la iglesia. Jesús no necesita a miembros que no se involucran con la causa del evangelio. Permanece unido a los demás cristianos, en su sufrir, en sus luchas del día a día.

Porque “manchas y arrugas” siempre habrá en la iglesia cristiana, externamente hablando, y te parecerá por fuera como una vieja y gastada caja de zapatos. Así luce por fuera la verdadera iglesia de Jesucristo. ¡Porque es una novia ya que tiene cerca de 2000 años! Pero Cristo la ama inmensamente, “y fue hecho carne” por ella. Así que, “maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la Palabra” (es decir, el sacramento del Bautismo, Ef. 5:25-26).

Jesucristo es el collar precioso que se manifestó en la humilde caja de la carne humana. Así también, la Palabra de Dios, el Bautismo y la Santa Cena, es lo que da brillo, hermosura y santidad a su iglesia, aunque por fuera eso no se note, ni se vea hermosura en ella. Como dice la carta de San Pablo a Tito, que en el Bautismo Dios “nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia” (Tito 3:5). Y en la Santa Cena, Cristo mismo, la Palabra, se encarna en el pan y en el vino, y nos entrega su propia carne y sangre, para nuestro perdón y salvación (Mt. 26:26-28). Igual que ayer, en la primera Navidad, es también hoy: Dios mismo viene y habita en medio nuestro, en el ropaje de la carne humana, en el ropaje de en su Palabra y Sacramentos, para llenarnos de su gracia y verdad (Jn. 1:14b). Como Él dice: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Jn. 10:10). Amén.